

CONCEPTO DE ESENCIA CULTURAL

por Carlos Isamitt Alarcón

Al disponerme a cumplir con esta exigencia que impone la incorporación como Miembro de Número de esta Academia, he tenido la impresión de hacer un alto inesperado. Dos perspectivas opuestas surgieron de inmediato, incitando mi pensar: la del camino recorrido y la desconocida el mañana.

Extraña situación ésta, de sentirse repentinamente, como frente a tres modos del tiempo: ante el pasado, que se hunde entre brumas, al futuro: que se desea intuir, siempre inquietante... y al presente, contaminado del ayer y con fulgores imprevistos y una infinidad de circunstancias y cosas acaecidas o esperadas que solicitan la atención. Aquellas en que hemos tenido alguna participación, son tal vez las que menos podremos valorar, el sentimiento puede inclinarnos a exagerar o restringir su importancia o significación. Sin embargo, ahora, después de un poco más de sesenta años de actividades no interrumpidas: en la enseñanza, en la propia formación artística, en la creación constante, en rebuscas afanosas, en manifestaciones diversas de esencia cultural; sólo vengo a estar seguro de que esta propensión o sed no saciada de conocimiento, no se ha extinguido, se mantiene viva, y me impele a seguir esta aventura del espíritu que no permite el reposo.

Las interrogaciones surgen y se renuevan siempre frente a tantas cosas. Nos colocan ante problemas de trascendencias diversas de renovación de conceptos humanos, educacionales, estéticos, antropológicos, científicos, morales.

En esta ocasión, no podré sino referirme a algunas circunstancias vividas que lograron promover inquietudes artísticas.

A los seis años de edad fui matriculado en la única escuelita del pequeño pueblo “La Isla” de Rengo. Las casas se alineaban a ambos lados de la única calle, en la que desembocaban tres caminos de campos vecinos. El Director de la escuela era también el profesor de todos. Sus métodos pedagógicos eran personales, lograba el afecto y nuestro respeto. Nunca se nos ocurrió ponerle un sobrenombre.

Un día apareció en los muros de la sala de clases, pintado a la cal, una reproducción fotográfica de un detalle de la creación del hombre, de los frescos de Miguel Angel en la Capilla Sixtina.

La humilde escuela rural se nos apareció como enriquecida, distinta. De ella comenzó a trascender extraña irradiación de cultura. Incontables veces, nuestras miradas se levantaban hasta el desnudo impresionante de Adán, generándose diálogos silenciosos entre la figura desnuda y los que la contemplábamos, sin comprender del todo el hechizo que ejercía, ni la maravillosa sucesión de resonancias sensibles que provocaba en nuestro interior.

Por nuestros ojos se entraba la figura tendida en tierra, el brazo izquierdo extendido, apoyado en la rodilla de la pierna levantada, terminando en una mano flácida cuyo índice, apenas desprendido de los demás dedos, y estirado para recibir el contacto vital del dedo de otra mano vigorosa que aparecía en el extremo de la reproducción incompleta, la mano de la figura del Creador.

¡Qué de cosas inefables se sucedían en nuestras mentes infantiles!... Nunca pude saber qué ideas o propósitos movieron al extraño maestro rural al ornamentar así la sala de su colegio.

Años después, en 1925, en la Exposición Universal celebrada en París, tuve la sorpresa de encontrar una sección dedicada a lo que se llamó: “El arte en la Escuela”. Evidenciaba esfuerzos organizados, resultados obtenidos y la atención que en Francia y otros países, se venía concediendo para integrar el arte, a la acción ennoblecedora y formativa de la enseñanza. El maestro de la escuela rural de mi

infancia revivió en mi reconocimiento y admiración con caracteres de precursor; que no sólo fue incomprendido sino también criticado por personas que por algún motivo llegaron a imponerse de la intimidad nueva de su escuela. Nadie supo que él se había adelantado a lo que ha llegado a adquirir importancia especial en la educación, aunque en nuestro medio, aún no se ha logrado darle organización con sentido estético y pedagógico.

Un día el júbilo de los muchachos de aquella escuela se exteriorizaba en exclamaciones y ademanes contagiantes: “¡Un circo!”... gritaban, “Ha llegado un circo!” ... Fueron los primeros asistentes al estreno del Circo Nelson.

Al día siguiente todos hablaban de las maravillas que habían visto. Sólo un niño permanecía silencioso. Era hijo del zapatero del lugar y solía asistir a la escuela con los pies desnudos. Se llamaba Nibaldo, retenía el Silabario, del que sobresalían algunos papeles de dibujo.

Uno de los compañeros, rivalizando en los ruidosos comentarios manifestó su entusiasmo por los caballos amaestrados. Entonces Nibaldo mostró los papeles que sobresalían de su libro. Eran dibujos singulares que representaban a la equilibrista de la cuerda y a los caballos. “¡No pude dormir anoche!, dijo, veía corriendo los caballos cerca de la cama.

Tuve que levantarme. Hice estos dibujos...”. La tensión emocional encontró alivio al descargarse en esos dibujos coloreados. Los caballos aparecían en movimientos atrevidos, con vida particularísima, revestidos de coloraciones sorprendentes: azules, amarillos, verdes, violetas. Nos impresionaron mucho, quisimos tenerlos. Nibaldo los escondió de nuevo en su libro.

Al término de las clases, me los cambió por mi caja de colores. En casa, intenté imitarlos. Esfuerzo inútil. No pude obtener nunca la vida y condiciones que el niño autor había dado a sus caballos, que podían considerarse como falsas, según criterio adherido a la realidad; pero

que eran verídicas de la visión exaltada y de los dones del niño artista. Esos dibujos tenían ese algo de inefable, que no puede imitarse, que Leibnitz nos dice que alienta toda obra en que hayamos logrado expresar nuestro más íntimo y auténtico sentido personal.

Tal condición, que suele encontrarse, aun en pequeñas cosas creadas por el hombre, mueve a la admiración, a veces al asombro. Situaciones espirituales que nos estimulan a pensar y sentir, que nos preparan para el momento en que se nos revele y sobrecoja; la escala infinita de aspectos y matices que presentan todas las cosas transitorias del presente y del pasado, que ha sido animadas por conmociones del ser humano y que llegan a ofrecerse a nuestra comprensión.

A menudo, nuestras interrogaciones y las respuestas que esperamos, tienen que enfrentarse a complejidades, que se acumulan en el medio ambiental; a juicios u opiniones contradictorias a influencias perturbadoras, a sugerencias colectivas. ¿Cómo desentrañar la trascendencia benéfica o funesta en los hechos que se desencadenan a nuestro alrededor? ¿Cómo ver con claridad y sin limitaciones lo que en ellos se encuentre con posibilidades de servir a nuestra evolución progresiva?

En el dominio de las artes, de la ciencia, de la vida misma, se suscitan problemas semejantes. Por eso, cada etapa evolutiva ha de contar siempre: con los que se aferran a modalidades conocidas o adoptadas y con los que se agitan con impulsos renovadores.

Desde que me situé en los dominios artísticos, he asistido a reacciones y conflictos de esta naturaleza.

Hace poco más de cuarenta años el ambiente chileno parecía haberse refugiado en la satisfacción que le producía la música de carácter operístico, principalmente italiana.

¡Con qué júbilo conmovedor, profesionales, estudiantes, representantes de los diversos grupos sociales, solían memorizar

trozos de las obras preferidas como si se sintieran unificados con los personajes a que los destinaran los autores! Este limitado hedonismo estético-musical, no sólo dominaba en nuestros países americanos, también se daba, con algunas diferencias, en los de Europa.

Pude constatarlo en 1926 en Roma, Venecia y otras ciudades como igualmente pensar que los poseedores de una verdad artística consagrada pueden oponerse y desbaratar todo indicio en que palpite una verdad diferente.

En el teatro Constante de Roma, Ida Rubinstein anunció el estreno de "Fedra" de D'Anuncio y Honneger, el de una "Suite" orquestal, escrita especialmente para esa ocasión.

Teatro desbordante... Honneger comenzó a dirigir su obra. Antes de tres minutos comenzaron ciertos murmullos en el público, se hicieron insistentes, luego algunos silbidos parodiando motivos de la "Suite". Honneger no se detuvo. Se oyeron gritos, algunos asistentes se levantaron de sus asientos agitando los brazos y diciendo cosas airadas. La agitación y algarabía se tornaron ensordecedoras y en medio de ellas sobresalieron voces poderosas que decían: "¿Maestro para oír estos engendros hemos pagado la entrada?" El compositor se había cruzado de brazos frente a la orquesta.

Entonces como marea incontenible, la batahola culminó, el público se puso de pie y como movido por una orden subjetiva, empezó a cantar estruendosamente "Yovinetza". La orquesta, también de pie, siguió al público en la ejecución del canto fascista. Mientras las voces se enardecían en la expansión del repudio colectivo, advertí que Honneger se había retirado. Sólo dos de los amigos artistas y profesores, que tenían colocación cercana a la mía, no habían gritado, ni abandonado sus asientos.

Al disminuir un tanto la turbación general les pregunté: "¿por qué no se escuchó primero toda la Suite?" - ¡Oh no!, respondieron algunas de las personas que habían oído la interrogación - "porque esa música no

tiene melodía”. “¡Bien dicho!”, corroboraron otras personas. Insistí, “¿cómo pudieron entonces silbarse algunos motivos de la Suite?” – “¡Ah!, ¡sí!, pero esa música carece de belleza melódica y de sentimientos!”.

Comprendí que en tal circunstancia era inútil promover siquiera la posibilidad de una disposición de espíritu algo liberada de la presión colectiva.

Dos días después, uno de los representantes de nuestro Gobierno en Roma, persona culta, amante de la música y de las demás Artes, me daba a conocer su aprobación por el suceso. –“No pude asistir al estreno de Ida Rubinstein, pero me he impuesto del fracaso de Honneger y de las críticas condenatorias para su música y la de otros compositores que se llaman modernos, que pretenden desplazar de los programas las obras inmortales de los grandes maestros como Beethoven, Mozart, Bach, Schubert”. “Espero escribir una crónica para El Diario Ilustrado y El Mercurio sobre este desgraciado estreno de la obra del músico suizo. Es bueno que allá se den cuenta cómo se repudia en estos centros de la cultura europea, esta música sin belleza de melodía, sin sentimiento, que parece crearse con el absurdo propósito de atormentar los oídos con estridencias y disonancias”.

Volví a pensar que el pero enemigo para poder ensanchar el horizonte limitado de nuestro haber de cultura y sensaciones, emerge desde el fondo de nosotros mismos y es: lo que creemos saber. Presunción obstinada que aminora el poder de nuestra capacidad o entontece.

La actividad creadora continúa incesantemente acrecentando esencias de nueva belleza en nuestro universo simbólico. Los impulsos renovadores, en todas partes y en todo tiempo se han estrellado con oposiciones tenaces, difíciles de salvar.

En una ocasión, una entidad de damas de nuestra sociedad, programó un concierto del compositor Allende, primer “Premio Nacional” otorgado en el campo de la creación musical chilena.

Sus hermosas “Miniaturas Griegas” lograron terminar en silencio, sin ninguna reacción del público asistente. Una joven soprano, de bello timbre y musicalidad, cantó algunas canciones. Solamente al retirarse de la sala se oyeron dos o tres palmadas, como avergonzadas de manifestar alguna reacción estética. Luego se ejecutaron dos “Tonadas” de las que integran uno de los conjuntos más bellos de la literatura pianística de Chile y de América. No consiguieron tampoco despertar ni manifestar la alegría del goce estético. Unas cuantas palabras amables de algunas dirigentes de la entidad social y el maestro se retiró silencioso. Le acompañe, sin avivar lo que sin duda iba sintiendo en su interior. Al detenernos en una esquina dijo: “En verdad, creo que me sobran los dedos de una mano para contar las personas, que por algún motivo gustan de mi música...” Tal era, más o menos el medio desalentador en que nuestros compositores tuvieron que desarrollar y defender sus capacidades para dar significación cultural nueva y más alta a su país.

La interpretación de las mismas dos Tonadas de Allende, incluidas por Ricardo Viñes en un concierto dado en París, dedicado a obras modernas, me ofreció el goce de presenciar una reacción comprensiva y entusiasta del público, opuesta y tan significativa de aspectos sociológicos de dos medios culturales. Después de aplausos tributados al pianista al terminar una suite de Trépard, Viñes dio comienzo a las Tonadas. Cautivaron de inmediato la atención del público en tal forma que al terminar su ejecución el pianista se vio obligado a conceder la repetición de una de ellas. Fue el único número del programa que mereció tal distinción.

Un regocijo indecible me unió al entusiasmo que evidenció el público por las obras del maestro chileno. Los valores artísticos de sus “Tonadas” habían hecho florecer una alegría espontánea de goce estético en ese público cosmopolita y exigente; en cambio en su propia tierra sólo una obstinada indiferencia; salvo la adhesión de unos pocos amigos capaces e simpatizar y agradecer las generosidades de sus creaciones.

Reacciones tan opuestas a las que eran propias de nuestro medio social, fueron, sin embargo, estímulos para encender los sueños innovadores de un reducido número de artistas amigos, unidos por afinidades de cultura y de sensibilidad.

Me fue dado el goce de admirar la acción trascendental que comenzaron a realizar con fe, con inteligencia y continuidad, dirigida a despertar el interés por las creaciones más sobresalientes del pasado y del presente del arte musical, convencidos de que su conocimiento constituye uno de los signos distintivos de toda verdadera y más alta cultura.

Conferencias, conciertos, publicaciones y tantos otros medios eficaces fueron practicados. Conquistaron, pronto, adhesión y simpatía que hicieron posible intentar nuevas realizaciones. Estos animadores de la evolución cultural, no se vieron libres de tener que enfrentar los embates peligrosos de los que creyeron que debían defender la permanencia de lo existente. Se formaron entidades antagónicas; pero el avance iniciado no pudo ser detenido, salvo obstáculos y asechanzas continuas y fue creando una atmósfera social, más propicia para el advenimiento de las manifestaciones artísticas.

Mucho de lo que ahora puede exhibirse como válido de progreso, en este aspecto de la cultura nacional deriva, en gran parte, del movimiento iniciado por ese grupo de artistas. Ardió en ellos una llama que no pudo ser extinguida, que surgió espontánea y con acentos fraternos, se encendió esperanzada en crear posibilidades ambientales para que las maravillas creadas por el hombre con los sonidos, con las formas, con los colores, con las palabras, pudieran acercarse con la mayor frecuencia y sin limitaciones a todos los corazones sedientos de belleza y de superación.

Por la acción tan noble que realizaron fueron acreedores a un homenaje de reconocimiento colectivo que no se les dio en vida. Sólo dos o tres sobrevivieron y continúan actuando en estos momentos en

que la complejidad y extensión de los problemas artísticos-culturales se han acrecentado y exigen soluciones y modos nuevos de encararlos.

En el dominio de las Artes Plásticas hemos vivido también las sorpresas inquietantes de una evolución. ¡Cuántos vaivenes caprichosos!, desde las limitaciones de un frío academismo de taller hasta las efervescencias enloquecidas o ingenuas del abstraccionismo, desde la etapa sentimental impresionista o desde la dominada por los afanes inútiles de la copia servil a los apasionamientos para alejarse de la naturaleza o someterla a deformaciones o recreaciones.

Me fue frecuente escuchar en maestros del pasado la frase: “Qué bien hallado!”, significando que el motivo del cuadro contemplado debía encontrarse en la naturaleza sin necesitar intromisión de la inteligencia organizadora de elementos estéticos del artista.

Pero la actitud plástica no podía permanecer sin renovarse. Desde antes de 1920 hemos asistido a su evolución continua, exaltada por animadores apasionados.

Grupos artísticos de París y de otros centros europeos, desdeñosos del sentir anterior, proclamaron el advenimiento del “hombre nuevo”, se afanaron en procurarse el predominio absoluto de “lo universal sobre el adherido al sentimiento de lo individual”. Fijaron como norma e imperativo, que la obra del arte nuevo, no debe ser nada más que una exteriorización plástica clara equilibrada y estética.

Viví este movimiento renovador de conceptos estéticos en Europa, con sus demostraciones: creacionistas, surrealistas, constructivistas, cubistas, dadaístas, abstractas. Y en medio siglo de realizaciones y rebuscas, el hombre nuevo no ha podido detenerse y sigue debatiéndose por encontrar la expresión de un ideal alejado del universo. En medio de lo transitorio del acontecer de conceptos de la vida, del arte, de todo nuestro universo simbólico, estamos obligados a situarnos y darnos sin restricciones del ser. En la movilidad universal, es posible afanarnos por procurar lo que Kart Jasper sintetiza con la

expresión: “Ser el mismo” y tal vez, con lo que me sugirió la experiencia de un hombre que volvía de noche, por senderos desconocidos, después de haber permanecido entre gentes de un pueblo extraño. Con el haz luminoso de su linterna había caminado sin tropiezos evitando peligros. Repentinamente el dedo que había mantenido en el botón correspondientes se desvió, dejándolo indeciso entre las sombras densas de la noche. Quiso encender de nuevo la maravilla que llevaba en sus manos; pero un pensamiento súbito se interpuso en su deseo.

- “¡Embriagado he venido, se dijo, con este haz luminoso acompañante, me ha mostrado el camino, me ha evitado resbalar y caer en pendientes peligrosas, pero me ha impedido también habituar mis ojos, consentir que pudieran esforzar sus potencias para penetrar la nueva condición del universo sumido en sombras”.

Y comenzó a avanzar lentamente, con un nuevo y extraño gozo; a veces procurando la gracia de la luz tranquilizadora, por momentos, dejándola extinguirse, para aventurarse en la inquietud superadora de lo imprevisible.